



«¡Oh felix culpa, quae talem et tantum meruit nos habere Redemptorem!» (Pregón Pascual).

Queridos Hijos y Hermanos,

Después de acompañar a Jesús durante 40 días en el desierto cuaresmal, de estar junto a Él y a su Madre Santísima en su entrega en la Última Cena y la Cruz, nos encontramos en esta Vigilia, Madre de todas las Vigilias, en la que la Iglesia permanece en espera de la Resurrección de Cristo. Esta espera se realiza «contemplando» la Historia de la salvación desde el Génesis hasta el Evangelio, desde la Creación hasta la Redención, desde el Éxodo y la Alianza en el Sinaí la hasta la Nueva y Eterna Alianza. Los ritos del agua y del fuego, confieren a esta singular celebración una dimensión cósmica en la que la creación, asociada al pecado de Adán, también gime con dolores de parto deseando la Redención. Todo el universo creado está llamado a velar en esta noche junto al sepulcro de Cristo. Pues en esta Noche Santa se cumple el proyecto eterno de Dios que aniquila y difumina la historia de pecado del hombre y del cosmos para transfigurarla en Historia de salvación y de misericordia. De aquí que el Pregón cante: «¡Goce también la tierra, inundada de tanta claridad!».

Todo lo que la Sagrada Liturgia pone ante nuestros ojos, es como un relámpago, que cruza el cielo de un extremo al otro, convirtiéndose en un grito alegre que nos confirma en el más maravilloso de los anuncios, en la verdad más importante de la Historia humana: ¡El Verbo que se ha encarnado, que ha muerto por amor nuestro, ha resucitado! La redención ya ha sido completada: Jesús, muriendo, ha destruido la muerte, y resucitando, ha restaurado la vida. En esta Noche Santa todo vuelve a re-comenzar desde el «principio»; la creación recupera su auténtico significado, su orden y su fin en el plan de Dios. Es como un nuevo comienzo

de la historia y del cosmos, porque «Cristo ha resucitado, primicia de todos los que han muerto» (1 Co 15,20). La semejanza del hombre con Dios ofuscada por el pecado ha sido renovada y llevada a su culminación. Él, «el último Adán», se ha convertido en «un espíritu que da vida» (1 Co 15,45). El mismo pecado de nuestros primeros padres es cantado en el Pregón pascual como «¡feliz culpa que mereció tal Redentor!». Donde abundó el pecado, ahora sobreabunda la Gracia y «la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular» de un edificio espiritual indestructible. Hoy más que nunca podemos repetir con un autor de la antigüedad: «¡Hombre, mírate a ti mismo! ¡Reconoce tu dignidad y tu vocación! Cristo, venciendo la muerte en esta santa noche, abre ante ti las puertas de la vida y de la inmortalidad».

Por eso en esta noche no son las tinieblas las que dominan, sino el fulgor de una luz repentina, que irrumpe con el anuncio sobrecogedor de la resurrección del Señor. Al escuchar que Jesús ha resucitado, nos llenamos de la esperanza de que las fuerzas de muerte que azotan a nuestro mundo actual serán vencidas y que el triunfo definitivo es la vida, la vida eterna que se comunica a todos los que creen en Cristo y se nutren de su Cuerpo y Sangre. La espera y la oración se convierten entonces en un canto de alegría: «¡Exulte el coro de los Ángeles!» Jesús está vivo y nosotros vivimos en Él para siempre. Así nos introducimos en este Día que no conoce ocaso: «Éste es el día que ha hecho el Señor: regocijémonos y exultemos de alegría.»

Después de esta noche luminosa y santa, podrán llegar momentos de oscuridad y de sufrimiento, pero podremos atravesar por ellos como un fuego sin quemarnos, con la esperanza luminosa de la resurrección. Tendremos que seguir viviendo en un mundo oscuro y doliente, que se cierra sobre sí mismo y se niega de levantar los ojos hacia el amor de Dios. En un mundo en que la peste del liberalismo lo entenebrece y entristece todo. Sin embargo, la fe en Cristo resucitado, Rey de la historia y única esperanza de la humanidad nos permitirá ser luz en las tinieblas, fortaleza en la debilidad, esperanza en el abatimiento.

Que María, testigo gozoso del acontecimiento de la Resurrección, ayude a todos a caminar desde hoy en una vida nueva; que haga a cada uno consciente de que, estando nuestro hombre viejo crucificado con Cristo, debemos comportarnos como hombres nuevos, personas que «viven para Dios, en Jesucristo» (Rm 6, 4.11). Que María, Madre de la Iglesia, nos enseñe a salir al encuentro del Hijo Resucitado por quien todos los hombres con llamados a la nueva vida en Dios. ¡Cristo ha resucitado, resucitemos nosotros con El! ¡Aleluya!